**23 Identidad de la Iglesia**

 **La glesis no es una sciedad o congregcion de los fiees cristianos cuya cabeza es el Papa**

**astete) La Iglesis es una comunidad de creentes que formn yn cuerpo misto e el cual habita el çseñor Jesús que quiso mantnerla a los larg de los siglos**

 **La Iglesia fue fundada por Jesus con una dible dimension:Ser su cuerpo mistico como dice San Pablo en la Epistila a los Corintio, y en segundo lugar ser menaje de u de su encarnciom de sus predicacion sbre el Reino de diso y de su Redencion.**

 **Dos mil año despues, en el concilio Vaticano Ii se ac tualizo esa dimension teologica con dos docmentos claves que fueron la Constitucion dogmatica Lumen Gentium y la Consitucion Pastoral Gaudium et Spes. La primera clarifica lo que la Iglesia es ante si misma . Y la segundo alude a la Misión del a Iglesia en el mundo**

 **En ambas se habla del misterio de la Iglesisia, como un obra que Jesús quiso, al a quedoto de sacramentos y en la cual proero quedarse hasta la consumación de los siglos**

 **Rasgos básicos d la Iglesia**

 **Y la fundó para se la comunidad e la salvación de sus miembros y para que que conservara y anunciara su mensaje en la tierra su mensaje**

**Siempre la Iglesia ha llevado impresa en su conciencia colectiva la misión para la que Jesús la puso en este mundo. El Concilio del Vaticano I hizo la siguiente declaración en la Cons­titución sobre la Iglesia: "*El Pastor eterno y obispo de nuestras almas (1 Petr. 2, 25) decidió edificar la santa Iglesia a fin de hacer perenne la obra salvadora de la redención, y para que en ella, como en la casa del Dios vivo, se reunieran to­dos los fieles con el vínculo de una fe y una caridad*." (Denz. 1821)**

 **Y el Concilio Vaticano II, un siglo después, resaltaba más esta persuasión de que sólo la misión de mantener vivo y de extender vivificante el mensaje de Jesús da sentido a su existencia: *"Aun­que la Iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como Esposa fiel del Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe muy bien que, a lo largo de su prolon­gada historia, no siempre fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al Espíritu de Dios.*
*Sabe también la Iglesia que aun hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaj***

***e que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio.*
*Dejado a un lado el juicio de la histo­ria sobre estas deficiencias, debemos sin embargo tener conciencia de ellas y combatirlas con la máxima energía para que no dañe la difusión del Evangelio. Además conoce la Iglesia cuánto le queda por madurar, por su experiencia siglos, en la relación que debe mantener con el mundo.*
*Dirigida por el Espíritu Santo, la Iglesia, como madre, no cesa de exhortar a sus hijos a la purificación y a la renovación para que brille con mayor claridad la señal de Cristo en el rostro de la Iglesia*."  (Gaudium et Spes 43)**

****

**Escritura y Tradición**

**Pero la idea de Comunidad eclesial sintetiza un doble elemento: mundanal y espiritual, escatológico e histórico, divino y humano. Los Profetas anunciaron el establecimiento de un nuevo Reino de Dios para la época mesiánica. Ese Reino ya no se limitaría a Israel, sino que llegaría también a los gentiles: Is. 2. 2-4; Miq. 4. 1-3; Is. 60).
   Jesús comenzó su ministerio pidiendo la conversión, pero pronto se dedicó a proclamar la llegada del "Reino de los cielos", como prefiere decir Mateo, o del "Reino de Dios", como dicen los demás evangelistas: "Haced penitencia, porque se acerca el Reino de los cielos". (Mt. 4. 17; 10. 7)
   Los milagros que Jesús dio como pruebas de ser el enviado divino iban asociados a su proclamación de ese Reino de Dios que había llegado ya (Mt. 12. 28). En esa proclamación reclamaba atención a la justicia (Mt. 5. 20), a la voluntad de su Padre (Mt. 7. 21), decla­raba la preferencia por los sencillos (Mt. 1.3), el rechazo de la hipocresía y de la mentira. (Mt. 17. 1 a 12).
   Por contraposición a la comunidad de Yaweh, el pueblo elegido de Israel, que existía en el Antiguo Testamento, Jesús llama "mi comunidad", "mis amigos", "mi pequeño rebaño" a la nueva sociedad religiosa que decide fundar: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia" (Mt. 16. 18). Elige discípulos (Mat. 4. 18) y les da poderes misionales, por ejemplo "acompañar su predicación con el poder de expulsar los demonios". (Mc. 3. 14 s).
    La cadena de poderes que les confie­re es significativa: atar y desa­tar (Mt. 18. 17), el poder de celebrar la Eucaristía (Lc. 22.19), el perdonar pecados (Jn. 20. 23), bautizar (Mt. 28. 18). Por eso les denomina "enviados" con el sentido de legados, representantes, traducción griega del hebreo "saliaj y saluaj" o del aramaico "seluja", que es la palabra que Jesús usó.
   Mediante un trato personal, continuado, con ellos les preparó en doctrina. Y con su ejemplo cotidiano los dispuso en estilos pastorales y catequísticos. Así salieron maestros consumados en su tarea kerigmática (Mc. 4. 34; Mt. 13. 52).
   Claramente las transmite la misma misión que el ha recibido del Padre: "Como me envió mi Padre, así os envío yo a vosotros." (Jn. 20. 21)**

**Es sociedad perfecta**

**León XIII declaró en la encíclica *Immortale Dei*: "*La Iglesia es, por su índole y su derecho, una sociedad perfecta; por volun­tad y bondad de su Fundador  posee en sí misma y por sí misma todo lo necesa­rio para existir y para obrar. El fin que se propone es el más elevado; y su potestad es la más excelente. No puede ser tenida en menos que cual­quier otra sociedad"*.
   Esto significa que la Iglesia tiene que organizarse, además de como comuni­dad de fe y encargada de anunciar el Reino, como entidad humana que pueda hablar en igualdad de circunstancias con las otras sociedades terrenas: naciones, estados, organismos locales o mundia­les, grupos, movimientos, etc.
   La Iglesia tiene un fin distinto, pero no opuesto. Se mueve en otro plano, pero no puede ignorar lo que los hombres hacen: leyes, investigaciones, arte, lenguas, pactos, etc.
   La Iglesia no puede ni debe entrome­terse en cosas del poder civil, salvo que afecten a aquellos aspectos que tienen que ver con la dignidad humana: vida, libertad, paz. Por eso la cuestión del aborto no es algo que sólo mira al Estado. La fabricación de armas no es simple cuestión económica. Los experimentos biológicos no afectan sólo al ingenio de los investigadores. Sin embargo, la Igle­sia como tal no es ni monárquica ni republicana, sus preferencias musicales no van ni por los estilos clásicos ni por los modernos, nada tiene que decir a las fronteras, a las lenguas, a las estructuras económicas de los países.**

 **Finalidad redentora de la Iglesia**

**No fue otro el fin de la Iglesia que continuar la misión del mismo Cristo en la tierra.  El concilio del Vaticano I afirmaba: "*Decidió edificar la santa Iglesia para dar peremnidad a la obra salutífera de redención*" (Denz. 1821).
   Fue frecuente en los escritores antiguos el decir que Cristo fue quien nos ganó los frutos de la salvación. Pero a la Iglesia la confió la tarea de aplicarlos a los hombres hasta el final de los siglos.
   Por eso dijo en su plegaria ante los asombrados los Apóstoles: "*Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío a ellos al mundo*" (Jn. 17. 13). Y esa vida que vino a traer en abundancia (Jn. 10. 10) se fue repartiendo entre los hombres a lo largo de los siglos y continuará siempre.
   El gesto más comentado en la Historia de la Iglesia sobre esa misión fue siempre el "mandato misional: "*Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñadles a observar todo cuanto yo os he mandado*". Mc. 16. 16). Pero tal vez el más impresionante es el que recoge la promesa d sus permanente presencia. "*Yo estaré con vosotros siempre, hasta el fin del mun­do*" (Lc. 10, 16) o las comparaciones que fue estableciendo entre su personal misión y la de la Iglesia a la transfería su poder: "*El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que a vosotros desecha, a Mí me desecha, y el que me desecha a Mí, desecha al que me envió*," (Mt. 18. 18)
   La misión quedó clavada en el cora­zón de sus Apóstoles. Y no sólo en los de la primera hora, "los once". También en los "posteriores", como S. Pablo: "*Tengámonos los hombres por ministros de Cristo y dispensadores de los miste­rios de Dios*" (1 Cor. 4. 1) O también: "*Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros*." (2 Cor. 5. 20) Y en los de todos los tiempos: Dadme almas y llevar lo demás para vosotros" (S. Francisco Javier).**

**. Consecuencias**

**La Iglesia, considerada su fin y sus medios como "otra cosa" diferente a lo que emplean las sociedades humanas y las empresas terrenas. Ella tiene una misión diferente. Es otra cosa.
   S. Agus­tín decía con unción: "*Cristo dijo a Pila­tos: Mí reino no es de este mundo  (Jn 18. 36). Escuchad, judíos y gentiles... escuchad, reinos todos de la tierra. El dice: "Yo no estorbaré vuestro señorío en este mundo.*" (Sobre Juan 115. 2)**

**4.1. Fin religioso**

**La Iglesia tiene un fin puramente religioso. No tiene nada que decir en lo político, económico, artístico, científico, social o cultural profano, salvo que tenga relación con lo religioso. En esos terrenos la opinión es ley y la Iglesia, la comunidad creyente y la jerarquía, pueden también opinar.
   Pero opinar no es imponer ni dogmatizar. Con todo la Iglesia vive en este mundo. Quiere y debe estar presente en todos los ámbitos en donde los hombres habitan.
  Tiene doble labor. Una negativa: avisar de los límites de la verdad y del bien y hacer lo posible por que el hombre evite el error ético o espiritual, por ejemplo cualquier planeamiento que perjudique la dignidad, la libertad o la vocación de eternidad que el hombre posee. Y tiene una tarea positiva que es ser testigo de Cristo y ofrecer sus juicios de valor a la luz del Evangelio: en el arte, en la ciencia, en los hospitales, en las escuelas, en los laboratorios de las universidades.
   Hay quienes piensan que su lugar son los claustros monacales, las sacristías de los templos y las ermitas o santuarios. Se equivocan: su lugar es el mundo, cualquier lugar en el que se hallen los hombres creyentes y los incrédulos.
   Del mismo modo, el fin espiritual de la Iglesia no excluye que ella, como sociedad, pueda adquirir y poseer bienes terrenos: templos, hospitales, emisoras de radio, periódicos, recursos para hacer el bien.
   Vive en la tierra y necesita apoyarse en las cosas terrenas. Su Fundador no tenía bienes, "*al igual que las raposas del campo.*" (Jn. 12. 6; 13. 29). Pero usaba las cosas de la tierra. Negar este principio es desen­carnar la Iglesia y caer en un misticismo inaceptable.**

 **Compromiso con Jesús**

**El compromiso misional del cristiano no le viene de otro sitio que de Jesús. Y no está enunciado sólo para los Apóstoles, sino para todos los seguidores del crucificado Jesús. Un peligro grande del cristia­no es "clerificar" la misión de la Iglesia y olvidar la dimensión bautismal del anuncio del Reino de Dios.
   El Bautismo es el emblema de entrada en la Iglesia. Es el sacramento de la pertenencia. Es la señal del amor de Dios. Es la clave del compromiso misional. Todos los bautizados son participantes de la misión de toda la Iglesia, gracias al bautismo recibido y vivido.
   Los seguidores de Jesús deben hacer­se cada vez más conscientes de la vocación misionera que su bautismo les recla­ma. No es cristiano auténtico el que no comparte su fe y su caridad con todos los hombres, sobre todo con los más cercanos.
   Si somos conscientes de esta responsabilidad, podremos hacer partícipes a los demás de la gracia recibida. Podremos darla como regalo, pues como regalo la hemos recibido.
   La vida cristiana es comunitaria por naturaleza. Ella reparte y comparte el  mismo espíritu de fe y de amor. Todos cristiano es ciudadano de un nuevo Pue­blo elegido por Dios.
   Además es vida de servicio gratuito. "Dad gratuitamente lo que gratuitamente habéis recibido." En el dar está el mensaje del Evangelio. Por eso la misión eclesial es ante todo entrega y no beneficio, es sacrificio y no beneficio, es creatividad y no búsqueda de intereses o conve­niencias pasajeras. Se requiere entrega generosa sin espe­rar nada como recom­pensa.
   Por esas y otras razones, cuando nos sentimos enviados por Dios a "bautizar", que es lo mismo que a lavar del mal, a "evangelizar" que equivale a abrir las puertas de la fe, a "sembrar" y a "construir", a "consolar"  y "salvar" a los hom­bres, nos tenemos que sentir profundamente desafiados a vivir en las cercanías de Jesús y a sentir la dicha de acercar a Jesús a todos los hombres.
   Además del mandato misional de anunciar la Palabra del Señor, tenemos el mandato bautismal de convertir a todos a la vida nueva del Señor. Somos nosotros, los cristianos que nos sentimos la Iglesia de Jesús, quienes tenemos que conseguir ese don de la nueva vida en Jesús.**

 **.**

**.
   Ella misma se siente satisfecha y realizada cuando los hombres responden a sus invitaciones y comienzan a caminar por el sendero del bien, que es el que conduce a la vida eterna**

**Notas de la Iglesia**

**La Iglesia tiene unas características singulares, precisamente por ser una sociedad única y original. Tradicionalmente se han enumerado las cuatro notas principales: unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad, que incluso se recogen en los símbolos de fe desde los primeros tiempos, sobre todo en el apostólico.**

**Pero, de hecho se puede añadir otros elementos constituyentes como son su visibilidad, su indefectibilidad, su infalibilidad o su ministerialidad. Lo importante no es dilucidar cuáles y cuántas son las características esenciales de la Iglesia, sino su alcance y los compromisos que reclaman en sus miembros.**

**Los Obispos de Latinoamérica decían en su reunión de Puebla: "*Por lo mismo, aceptar a Cristo es aceptar a su Iglesia. Ella es parte del Evangelio, del legado de Jesús, y objeto de nuestra fe, amor y lealtad. Lo manifestamos cuando deci­mos" Creo en la Iglesia una, santa, católica, apostólica*." (Documento. 222)**

****

**1. Visibilidad de la Iglesia**

**Es la primera de las notas. La Iglesia ha sido hecha para este mundo. Tiene que hacerse sensible ante los hombres. Se opone este rasgo primordial la definición de Iglesia de Calvino y de diversos Reformadores, tomada de Juan Huss, para quien la Iglesia consiste sólo en "*la comunidad de los predestinados para la salvación* (Denz. 627). Calvino la llama "*Unión de los elegidos para el Reino*". Y con términos que ofrece Lute­ro, sería "*la reunión de los santos [fieles], en la cual se enseña rectamente el Evangelio y se administran rectamente los sacramentos.*" (Conf. Aug., art. 71)
    Para los reformadores, la Iglesia es invisible. Está formada por la comunidad de los elegidos. Sólo Dios la conoce, pues el hombre, según ellos, no sabe si ha sido predestinado a la vida eterna.**

**1.1. Conceptos básicos.**

**Sin embargo la Iglesia siempre se ha sentido encarnada en el mundo, pues en el mundo fue hecha y al mundo fue enviada por su Fundador. La visibilidad es aquella propiedad de la Iglesia por la cual se manifiesta ante los hombres como realidad humana. Lo primero en ella son las personas. Pero cuentan también, los hechos, los recursos, las instituciones, los templos...
   Hay que distinguir entre lo que se ve materialmente y lo más formal y organi­zativo, que no es material. Cuando no se distingue entre ambas dimensiones, se incurre en la peregrina idea de confundir ley con el libro en el que está escrita la ley, plegaria con la fórmula en que se encierra la plegaria, la "Iglesia" como comunidad con "la iglesia" como edificio en el que se reúnen los cristianos. Es confusión frecuente, incluso entre los cristianos poco instruidos.
    La Iglesia, como conjunto de creyentes unidos por el amor, tiene unas formas que la hacen presente en el mundo. Por ellas es vista, contemplada, aceptada o rechazada por los que nos son creyentes. Los cristianos, o miembros de la Iglesia, están unidos también de manera externa y visible. Forman una sociedad religiosa.

   1.1.1. Conviene la visibilidad**

**La Iglesia es consciente de que se hace presente ante los hombres todos no tanto por sus edificios, por sus obras de arte o por sus procesiones, sino por sus miembros. De los primeros cristianos se dice que eran visibles en el amor; los paganos decían de ellos: "Mirad como se aman". Y era lo que más atraía hacia su comunidad a otros creyentes.
   Esa testimonialidad preocupa a la Iglesia y sabe que tiene que cultivarla adecuadamente. Los concilios y los grandes escritores de todos los tiempos han insistido en esa visibilidad: Trento hablaba de "*sacrificio visible" y "sacerdocio visible y externo*" (Denz. 957). El Vaticano I reclamaba atención al *"fundamento visible de la Iglesia, que es Pedro y sus sucesores*" (Denz. 1821). El Vaticano II recordaba ese dato como algo esencial: "*Cristo, Mediador único, estableció su santa Iglesia, comunidad de fe, de esperanza y de caridad, en este mundo, como una trabazón visible y la mantiene constantemente; gracias a ello, comunica a todos la verdad y la gracia. Esta sociedad, dotada de órganos jerárquicos, y el cuerpo místico de Cristo, reunión visible y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia de bienes celestes, no han de ser consideradas como dos cosas, sino que forman una sola y única realidad compleja, constituida por un elemento humano o otro divino*". (Lumen Gentium 89)
    Este rasgo fue resaltado por los Papas, sobre todo desde que en el siglo XIX el racionalismo científico, y su derivado el laicismo radical, pretendieron entender la Iglesia como algo espiritual e interior, que nada tenía que decir a un mundo real al que ella no pertenecía por su naturaleza.
    Su lema "lo espiritual para los espíritus y lo real para los hombres de este mun­do", en nada entendía ni respetaba la auténtica identidad de la Iglesia, que sintetiza lo místico y lo práctico, por tratar con hom­bres mundanos destinados a la vida celeste.
    Por eso León XIII escribía lo siguiente en la Encíclica "Satis cognitum", de 1896: "*Si tenemos ante la vista el fin último de la Iglesia y las causas próximas que operan la santidad, la Iglesia es, efectivamente, espiritual.  Pero, si miramos los miembros que la constituyen, así como los medios que conducen a los dones espirituales, entonces la Iglesia se manifiesta de forma externa y necesariamente visible*".

  1.1.2 Visibilidad en el Evangelio**

**En los dichos y hechos de Jesús, recogidos en los textos evangélicos, queda patente el sentido de comunidad que pretende y que se apoya en una vida real en este mundo. "*Ellos quedan en el mundo; no te pido que los saques de él, sino que los defiendas del mal"* (Jn. 17.15).
   Otorga a sus Apóstoles el poder de gobernar: *"Quien a vosotros escucha a Mí me escucha*." (Lc. 10. 16). Considera a sus seguidores señales ante los demás: "*Vosotros sois la luz del mundo... y sois la sal de la tierra*". (Mt. 5. 13-15). Y les recuerda que tendrán dificultades, "*porque le mundo les odia, ya que se han escapado de él.*"(Jn. 16. 18)
   Esta visión evangélica fue entendida perfectamente por los antiguos Padres de la Iglesia. San Ireneo recuerda a los gnósticos que los verdaderos seguidores de Jesús "*forman la Iglesia y en todo el mundo profesan la misma fe, guardan los mismos mandamientos y conservan la misma forma de organización eclesiástica. Ella es el candelabro de siete brazos, que es visible a todos y esparce la luz de Cristo"* (Adv. haer. V. 20. 1).
    Y S. Agustín define la Iglesia como la ciudad edificada sobre un monte de la que habla Mateo en 5. 14: "*La ciudad se presenta clara y visible a la faz de todos los hombres; pues es una ciudad edificada sobre un monte y no puede ocultarse*." (Contra Cresconium II 36. 45)**

****

 **1.2. Sacramento ante los hombres**

**Desde el Vaticano II, el sentido misional y kerigmático de la Iglesia en el mun­do de los tiempos presentes se ha resaltado al máximo. La Iglesia se deja de concebir como "*sociedad de los fieles cristianos cuya cabeza visible es el Papa*", como define el Catecismo romano, pera resaltar otro aspectos.
   La Iglesia se presenta insistentemente como sacramento universal de salvación. Hasta una docena de veces emplea el Concilio Vaticano II la expre­sión "sacra­mento de salva­ción". (Sacrosanctum Concilium, 5 y 26; Lumen Gentium, 9, 48, 59; Gaudium et Spes 42 y 45; Ad Gentes 1 y 5)  Con esta expresión se recoge la dimensión significativa y dinámica de la Iglesia, continuadora de la misión de Cristo, que decía con expresión típicamente joánica ser la luz que ilumina a este mundo. *"He venido para que tengan luz y la tengan en abundancia*" (Jn. 3. 19; 8. 12; 9. 5)
   Cristo puso al alcance de los hombres todos medios que ellos necesitaban para cumplir la voluntad divina: ilustró sus inteligencias, ofreció consejos y consignas, sobre todo dio ejemplos concretos de cómo tenían que hacer.
   Entre estos medios, Jesús quiso ofrecer para la salvación humana determinadas riquezas divinas y magníficas, a fin de demostrarnos el amor que nos tenía. Las más valiosas fueron:
      - El don de su presencia, pues incluso quiso quedarse con nosotros de manera misteriosa en el pan eucarístico.
      - El testimonio de sus hechos, que eran más persuasivos que sus palabras.
      - El mensaje de su palabra de vida eterna, que no era otra cosa que la revelación confiada por su Padre celestial para ser transmitida a todos.
      - Los signos sensibles o sacramentos que instituyó, a través de los cuales quiso darnos su gracia y amistad.
      - Y la promesa de su Espíritu Santo, que también nos fue pre­sentado como el Consolador y fue enviado por el Padre y por el Hijo.
    Estos dones divinos, estos regalos, fueron entregados a sus seguidores. Pero se los regaló de manera solidaria, no para uso individual. Para que los entendieran, recordaran y profundizaran, les dio también el regalo de la Comunidad de vida y de amor, en la que compartieran los dones del Señor.
    La Iglesia es la Comunidad de Jesús, constituida por todos los hombres que aceptan su mensaje y que asumen el vivir conforme a sus enseñanzas. Los que creen y los que viven según la doctrina de Jesús son los verdaderos miembros de la Iglesia. Los que no creen y los que no viven en conformidad con su mensaje están llamados a incorporarse a su familia, a su grupo, a su Comunidad, pero no lo son todavía en la medida en que su pensamiento y sus hechos no se hallan en la línea de Jesús.
    Jesús fundó la Iglesia para cumplir con la voluntad salvadora del Padre que le había enviado a la tierra. Como enviado del Padre, todo lo hacía en conformidad con su misión salvadora. Por eso funda la Iglesia y la confía la misión de prolongar en la tierra su misión redentora. Es el verdadero rostro de la Iglesia: rostro de misericordia, de fortaleza, de iluminación, de animación, de esperanza.**

**1.3. Faceta interna e invisible**

**Es evidente que la Iglesia no agota en su faceta visible su misión en el mundo. Es portadora de riqueza interior, mística, espiritual, que es la gracia que está destinada a repartirse entre todos los hombres. Esa faceta interna e invisible es decisiva en su misión.
    El fin de la Iglesia, la santificación de sus miembros y de todos los hombres que quieran aprovecharse de su oferta de salvación, debe también ser cumplido con los medios externos que ella puede recoger y emplear. Pero posee también los medios internos que sus riquezas verdaderas portentosas: la verdad, el mensaje, la gracia, la esperanza, el amor, sobre todo el Espíritu Santo.
    Ella es distribuidora de "la gracia de Dios" y de "sus gracias participadas". Pero necesita hacerlas presentes en el mundo. Y la Iglesia lo consigue a través del soporte de su palabra y de sus hechos de caridad.
    Las objeciones que se puedan alzar contra la visibilidad de la Iglesia, que a veces se han apoyado también con textos evangélicos aparentemente contundentes: "*El reino de Dios está dentro de vosotros*." (Lc. 1. 7 y 2. 1.), no son capaces de eclipsar las numerosas referencias a la comprensión de su realidad humana y de sus proyección mundanal.**

 **2. Unidad de la Iglesia**

**Por unidad no se entiende tan sólo la unidad asociativa y organizativa, o unicidad, sino principalmente la unidad interna o "indivisión". La Iglesia, fundada por Cristo, es única. No hay otra que pueda tener la misma ascendencia en el Señor Jesús, aun cuando hay diversos grupos que se llaman a sí mismos "ortodoxos", "evangélicos", o cristianos.
   La Iglesia profesa en el símbolo niceno-constantinopolitano su fe con claridad. "*Creo en una santa Iglesia*" (Denz. 86). Pero los modos de aclarar y fundamentar esa unidad han variado con los tiempos. Además no conviene confundir unidad, con uniformidad, con unicidad, con unani­midad o con unión.
     -  Los primitivos cristianos situaban la unidad en el amor, tal como lo había man­dado el Señor. (Jn. 13. 31-35)
   Eran unidad porque se amaban como hermanos de la misma familia.
     -  Con las herejías, que desde el siglo II surgen, la unidad se situó fundamentalmente en la doctrina. Y esa actitud se transmitió a lo largo de la Edad Media.
     -  Con las rebeliones del siglo XVI, sobre todo la unidad se vinculó con la autoridad. El concilio del Vaticano I ponía la unidad en la autoridad única: "*Para que toda la multitud de los fieles se conservara en la unidad de la fe y la comunión, puso a San Pedro a la cabeza de todos los demás Apóstoles, estableciendo en él el principio visible y el funda­mento perpetuo de esta doble unidad*" (Denz 1821).
    Era enseñanza que refrendaba luego León XIII en su Encíclica Satis cognitum, sobre la unidad: "*Como el divino Fundador quiso que la Iglesia fuera una en la fe, en el gobierno y en la comunión, eligió a Pedro y a sus sucesores como fundamento y, en cierto modo, centro de la unidad*." (Denz. 1960)
     -  Los tiempos modernos, sobre todo desde el Concilio Vaticano II, han situado el conceptos de la unidad eclesial en la armonía divina que rige en la comuni­dad terrena y en la fuerza cohesiva que genera la misión evangélica. Resalta la necesidad de la unidad por su carácter misional y testimonial. "*La Iglesia, en fuerza de su misión de iluminar al orbe entero con el mensaje apostólico... debe tener la unidad del único pueblo de Dios."* (Gaudium et spes 92)
    Con los diversos testimonios conciliares y pontificios sobre este aspecto, podemos distinguir una doble unidad de la Iglesia: la unidad de fe y la unidad de doctrina, la unidad de comunidad y la unidad de autoridad.**

 ****

**2.1. La unidad de la fe**

**Se produce cuando todos los miembros de la Iglesia creen internamente, al menos de forma implícita, y confiesan de corazón, no sólo externamente, las verdades de fe propuestas por el Magisterio eclesiástico.
    Se cumple entonces la consigna paulina: "*Con el corazón se cree para la justicia y con la boca se confiesa para la salud*." (Rom. 10. 10).
    Es decir, que todos responden a los mismos misterios revelados y a los mismos dogmas proclamados por la autoridad. Y los enuncian con el mismo Símbolo formal de la comunidad eclesial.
    La unidad en la fe afecta al núcleo básico de las enseñanzas oficiales de la Iglesia, no al resto de las doctrinas complementarias, derivadas o marginales, en donde existe margen suficiente para mantener diversas opiniones.**

**2. 2. La unidad de doctrina**

**El sentido de la unidad doctrinal se vincula con la manera y contenido natural de las enseñanzas, lenguajes, testimonios que aparecen en el Evangelio como mensaje de Jesús o se transmiten en la Tradición como estilos cristianos.
   La unidad eclesial implica no tanto la exégesis unificada de lo que se debe transmitir y vivir en la Iglesia, sino la aceptación de lo que Cristo enseñó.
   Lo difícil es deslindar lo que Cristo quiso enseñar en los diversos aspectos de su mensaje y lo que son interpretaciones variables que se han dado a lo largo de los siglos o se dan en el contexto de las diversas culturas.
   La cuestión no debe ser fácil, puesto que todos los disidentes en la Historia de la Iglesia se han apoyado en los textos del Evangelio para justificar las más dispares actitudes o enseñanzas.
   Los miembros de la Iglesia constituyen un cuerpo social en el que hay pensadores muy diversos, tanto por sus capacidades intelectuales como por sus contextos culturales. No es posible humanamente reclamar una unidad perfecta en la formulación de la doctrina cristiana.
   Por eso es conveniente diferenciar entre las doctrinas fundamentales, que son las que deben constituir el soporte o cimiento de la unidad en la Iglesia, y las opiniones particulares, que pueden variar como es natural. Entre el dogma de la divinidad de Cristo y el sentido de la indulgencia o el valor matemático de los sufragios por los difuntos hay tanta distancia en valor doctrinal, que es preciso discernir con frecuencia lo que es discutible y lo que es innegable.
   Algo parecido acontece en la moral y en la liturgia. Entre la defensa de la vida del hombre y la frontera entre usura y rentabilidad natural en los préstamos, entre certeza de la presencia de Cristo en la Eucaristía y la inflexibilidad en una fecha concreta para celebrar la Pascua, hay distancias incalculables.
   Se reclama como necesidad la unidad doctrinal, pero se discute dónde están más o menos las fronteras de lo opinable y de lo indiscutible, sobre todo en tiempos culturales en los que la libertad de expresión se considera un "derecho humano" fundamental.
   La unidad de la fe y de la doctrina se rompe por el error, por la herejía y, con frecuencia, por las actitudes ambiguas, reticentes o imprudentes en la defensa de la verdad. A veces son las novedades doctrinales más cercanas a las opiniones periodísticas resonantes que a las enseñanzas serenas de los creyentes, las ponen en peligro esa unidad o llevan a confundir la verdad con la novedad.**

**2.3. Unidad de autoridad**

**Esta unidad consiste, en la aceptación, y sujeción por parte de los miem­bros, de la autoridad: del Magisterio en su misión de enseñar, de la Jerarquía en su ministerio de gobernar.
   Esa unidad se fundamenta en las personas "ordenadas", sacramentalmente o no, para el servicio del mando: al Papa como Primado, a los Obispos como pastores sucesores de los Apóstoles, a las instancias de gobierno que la Iglesia establece para un ejercicio subsidiario o vicario de la autoridad.
   La unidad de autoridad se rompe cuando se altera la comunión con las personas que la desempeñan y con la comu­nidad en la que se vive. En­tonces surge el cisma, corte o separación. También se destroza con las actitudes rebeldes en contra de la autoridad, las cuales tienden a promover el alejamiento de una persona o comunidad particular, adoptando distancias o provocando disensiones.**

**2.4. Unidad de misión**

**La unidad de misión es también importante y afecta a la razón de ser de la misma Iglesia. La unidad de misión es perfectamente compatible con el cultivo de los carismas particulares de las personas o de los grupos.
   Cristo y los apóstoles presentaron con insistencia la unidad como una propiedad esencial de la Iglesia para que el mensaje fuera recibido: "*para que el mundo crea que Tú me has enviado*" (Jn 17.23) Y esa actitud fue desarrollándose a lo largo de los siglos.
   Cuando la Iglesia se extendió entre los diversos pueblos y culturas, los aspectos externos desdibujaron en ocasiones los vínculos con la autoridad, incluso fomentado impresiones incorrectas en la Iglesia: de "federación", de "asociación", o de simple "reunión" de opiniones religiosas confluyentes entre los miembros, pero no de unidad de cuerpo, de alma y de ideal escatológico.
    Sin embargo, Cristo confió a sus Apóstoles el encargo de predicar su doctrina a todos los pueblos de manera unida y exigió un consentimiento ab­soluto a tal predicación. (Mt. 28, 28; Mc. 16. 15.)**

**2.5. La comunión**

**La unidad, tanto de la fe y de la doctrina como de la autoridad y de la misión, se sintetiza en la palabra común unión, o comunión. Ella queda salvaguardada de la forma más segura con la práctica del amor fraterno entre los creyentes.
    Los vínculos del servicio a los demás hermanos de la comunidad uni­versal son decisivos en la comunidad querida por Jesús.**

**2.5.1. Comunión de los creyentes**

**La unidad de corazones y de ideales, la unidad en afectos y compromisos, será un distintivo especial de la Iglesia de Cristo ante los demás hombres. Y se define no tanto por metáforas y relaciones visibles, sino por la misteriosa conexión que se establece entre los seguidores del Crucificado y Resucitado.
    San Pablo repre­senta simbólicamente a la Iglesia bajo la imagen de una casa (1 Tim. 3. 15) o de un cuerpo humano (Cor. 12. 1-17 y Rom. 12. 4), entre otras comparaciones. Exhorta con insistencia para que se guarde la unidad exterior e interior, signo de autenticidad: "*Sed solícitos por conservar la unidad del espíritu, mediante el vínculo de la paz. Sólo hay un cuerpo y un espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación. Sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos*" (Ef. 4. 3-6).
    Y considera las rupturas como el atentado más nefasto para la Iglesia de Jesús: "*Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, para que todos habléis igualmente, y ojalá que no haya entre vosotros escisiones, antes seáis concordes en el mismo pensar y el mismo sentir*" (1 Cor. 1. 10). "*Al que enseñe doctrinas sectarias, evítale, después de una y otra amonestación*" (Tit. 3. 10; Gal. 1. 8)
    Sin embargo la Iglesia de Jesús ha conocido rupturas constantes a lo largo de su historia. El escándalo de las divisiones ha sido siempre mirado como algo misterioso que atenta al mismo Corazón de Jesús y la prueba fehaciente de que el espíritu del mal, "el Dragón" se halla siempre en guerra con la Iglesia, "la mujer". (Apoc. 12)
    En su oración de despedida, llamada sacerdotal por la tradición, Jesús rogó encarecidamente al Padre por la unidad de los Apóstoles y de los que habían de creer por su predicación: "*No ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en Mí por su palabra, para que todos sean uno como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, para que también ellos sean unidad en nosotros y el mundo crea que Tú me has enviado*." (Jn 17. 20)**

**2.5.2. Comunión en la Historia**

**Los Padres de los primeros siglos lucharon con ardor contra la herejía, para mantener la unidad de la fe y de la doctrina.
    Pero lucharon también contra las disidencias en la comunidad, para man­tener la unidad afectiva a ideológica entre los cristianos.
    San Ireneo decía ya en el siglo III en que comenzaban las divisiones: "*Así como el sol es uno mismo en todo el mundo, así también el mensaje de la verdad penetra en todas partes con la misma luz e ilumina a todos los hombres que quieren llegar al conocimiento de la verdad*." (Adv. haer. 1. 10)
    Precisamente surgieron los símbolos de la fe, o credos, para mantener la unidad en las expresiones con las que se declaraba y proclamaba la fe. Los testimonios sobre el significado de la unidad y la importancia que tiene para asegurar la verdad y la permanencia en la fe fueron siempre numerosos.
    San Cipriano, con motivo de la escisión religiosa entre Cartago y Roma, escribió la primera catequesis sobre la unidad de la Iglesia católica, llegando a afirmar que "*es imposible salvarse, si no se permanece unido a la única Iglesia de Jesús*." (De eccl. cath. unit. 6).
    Siglos más tarde, Sto. Tomás de Aquino fundamentó la unidad de la Iglesia en tres elementos: la fe común de todos los miembros de la Iglesia, la esperanza común en la vida eterna y el amor co­mún a Dios y al prójimo por medio de los servicios de caridad prestados mutuamente. "*El creer en la unidad de la Iglesia es condición para alcanzar  vida eterna*". (Expos. Symbol. 6)**

**3. Santidad de la Iglesia**

**La santidad, en Dios, es su propia esencia infinita, su perfección suprema. La santidad, en la criatura, significa vinculación con Dios.  Hay que distinguir entre santidad subjetiva o personal y la santidad objeti­va o real.
   - La santidad subjetiva consiste, negativamente, en carencia de pecado; positivamente, es la unión sobrenatural con Dios por medio de la gracia y la caridad.
   - La santidad objetiva es inherente a cosas y personas que están consagradas al servicio de Dios o producen la santificación de los hombres.**

**3.1. Razón de esa santidad**

**La Iglesia es santa porque ha sido instituida por Jesús, Hijo de Dios, y la transmite sus cualidades personales: caridad, doctrina, sabiduría, virtud, amor, paz. En cuanto participante de la santidad de Jesús, la Iglesia es santa por motivo de su institución, de su naturaleza y de su misión.
   Jesús, cabeza invisible de la Iglesia, es santo por su propia naturaleza, infinita en cuanto Dios, creada en cuanto hombre pero hipostáticamente unida a la divinidad. También, en cuanto hombre, Jesús tiene la plenitud de la santidad, de la perfección, de la gracia eterna. Y esa plenitud supone la fuerza expansiva y comunicativa para sus seguidores. Al instituir la Iglesia, la trasmitió sus dones, el principal de ellos es el Espíritu Santo, que tantas veces Jesús prometió enviar a sus discípulos. El Espíritu Santo, tercera persona divina de la Stma. Trinidad, confiere sus dones a la Iglesia y ellos son los modos o expresiones de la santidad.
   Por otra parte, la Iglesia también es santa en función de su finalidad, que es servir a los hombres en su vinculación con el mensaje salvador de Jesús. Y por eso la Iglesia emplea en la santificación de sus miembros todos los instrumentos que Jesús puso en sus manos: la doctrina y la fe, los preceptos y consejos de vida, el culto y la plegaria, los sacramentos, sobre todo el Sacrificio de la Eucaristía y la Palabra de la Sda. Escritura cuyo depósito posee para su proclamación en el mundo.

   3.2. Expresiones de santidad**

**La santidad de la Iglesia no es un concepto abstracto, sino una cualidad concreta, una vida, un don que se hace presente en sus miembros. Gracias a las ayudas y apoyos de la Iglesia, cada cris­tiano vive la santidad: una veces de forma ordinaria (participación en la gracia de la Iglesia); y en ocasiones en las expresiones extraordinarias de heroísmo e inmolación (mártires, confesores, apóstoles, misioneros, etc).
   Jesús consideró que la santidad de los discípulos debía ser semilla y fermento, sal, luz, camino, invitación, ejemplo, de la santidad de los demás hombres. (Mt. 13. 33; Mt. 5. 13-14).
   Cuando S. Pablo llama a los cristia­nos "santos", (1. Cor. 1. 2; Tim. 3. 15) les indentifica con "consagrados" a Cristo, "segregados" del mundo, destinados a la salvación por los méritos de Jesús. Pero también les considera participantes de la santidad de la comunidad a la que perte­necen: "Cristo amó la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua con la palabra, a fin de pre­sentársela a sí mismo gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable." (Ef. 5. 25-27 y Tit. 2. 14)
   El modelo de la santidad cristiana es evidentemente Cristo (Ef. 4. 11-13) y el código de consignas se halla en los Evangelios.
   Pero Cristo es la misma santidad en sí mismos. Y ha querido tener a la Iglesia como cauce para que su santidad se haga pre­sente en sus seguidores. (1 Cor. 1. 2; 1. 2). Por eso la Iglesia se presenta, no sólo como santa, sino como santifi­cadora.
   Lo dice claramente el Concilio Vaticano II: "En la construcción del Cuerpo de Cristo existe una diversidad de miembros y de funciones. Es el mismo Espíritu el que, según su riqueza y las necesidades de los ministerios, distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia. Es necesario que todos los miembros se hagan conformes a la cabeza, hasta que en todos ellos quede configurado el mismo Cristo.
   Por eso somos incorporados a los misterios de su vida, configurados con El, muertos y resucitados con El, hasta que con El reinemos.
   Peregrinando todavía sobre la tierra, siguiendo sus pasos en la tribulación y en la persecución, nos asociamos a sus dolores como el cuerpo a la cabe­za, padeciendo con él a fin de ser glorificados con El." (Lumen Gentium 7)**

**

4. Católica y Apostólica**

**Las otras dos cualidades tradicionalmente consideradas como notas básicas de la Iglesia, catolicidad y apostolicidad, son también distintivos queridos por Cristo que vino para salvar a todos los hom­bres, y no sólo a los elegidos.
   Por eso considera la Iglesia que su misión es "universal" y se siente vinculada a la herencia apostólica por su participación en la misión radical que Cristo les entregó a sus seguidores. Se siente destinada a abarcar a todo el mundo, y eso es la catolicidad; y tiene el deber de anunciar el Evangelio a todos los hombres y eso es la apostolicidad.
   Hay que entender lo que es la misión apostólica de la Iglesia y lo que implica su vocación de universalidad, notas ambas que son decisivas.
   Según San Pablo, Cristo es la "piedra angular" sobre la que está construido el edificio espiritual, que alberga a todos los fieles. (Ef. 2. 20). Con esta expresión no hace otra cosa que recoger la misma expresión de Jesús había propuesto en vida: "*No habéis oído aquello de la Escritura de que "la piedra que recha­zaron los constructores se ha convertido en la piedra angular, y que es obra del Señor y admirables ante nuestros ojos.*" (Mc. 12.10).
   El reclamo universal de la Iglesia es consustancial: está para todos los hombres, al margen de su raza, sexo, edad, lengua o cultura.
   Es consecuencia de la universalidad de la Redención. Por eso le viene del mismo Cristo, que abarcó en su acción salvadora a todos los hombres, al mar­gen de si eran judíos o gen­tiles. El fundamento que es el mismo Cristo. Sobre él tienen que seguir edificando los men­sajeros de la fe en su apos­tolado (1 Cor. 3. 11).
   Cristo es la cabeza de la Iglesia universal (Ef. 5. 23; Col. 1 18). La Iglesia es propiedad suya, pues "*la adquirió con su sangre.*" (Hech. 20. 28). Es su esposa, y se ha entregado por ella a fin de santificarla y hacerla gloriosa (Ef. 5. 25-27).
   Fieles al encargo de Cristo, los Apóstoles predicaron su Evangelio a judíos y gentiles y fundaron comunidades cristianas "católicas", "evangélicas" y "ortodoxas". Éstas se hallaban unidas entre sí por la misma fe y la misma plegaria.
   Desde el primer momento, la Iglesia se sintió abierta al mundo entero, destinada a ofrecer se mensaje y se supo heredera a través de los siglos de la misma tarea del Señor Je­sús.
   Por eso pudo siempre decir con alegría las mismas palabras de S. Pablo: "*Todo esto se lo debemos a Dios, que ha hecho la paz con nosotros por medio de Cristo Jesús y nos ha confiando la tarea de llevar la paz a los demás... Somos embajadores de Cristo y es el mismo Dios el que exhorta por medio de nosotros*." (2 Cor 5. 19-20)**

**5. Indefectibilidad y permanencia**

**La indefectibilidad es la propiedad que asegura a la Iglesia su permanencia hasta el final de los tiempos. Cristo puso su Iglesia en el mundo para anunciar y mantener su mensaje. La misión de anunciar el mensaje no terminará nunca. Aunque hipotéticamente todos los hom­bres se hicieran discípulos de Jesús, la misión de confirmar, alentar y sostener la fe no terminaría nunca.
   Por eso la Iglesia tiene la conciencia de que "*las puertas o el poder del mal no podrán destruirla."* (Mt. 16.19). Su misión es perpetua, según la promesa de su divino Funda­dor. Y su trabajo será interminable, imperecedero, no sufrirá ningún cambio sustancial a lo largo de los tiempos.
   La indefectibilidad es diferente de la inmutabilidad.  La Iglesia cambiará en las formas, no en el mensaje. La doctrina cristiana es inmutable en cuanto a la esencia. Pero deberá adaptarse a las culturas, a los lenguajes y a los modos de entender de los hom­bres.
   Las persecuciones, los avatares históricos y las formas sociales pueden cambiar los lenguajes de la Iglesia. Pero la Iglesia, en cuanto tal, tiene asegurada su per­ma­nencia hasta el fin del mundo.**

**5.1. Mensaje bíblico**

**La permanencia está explícitamente prometida por Cristo. El edificó su Iglesia sobre roca viva, para que pudiera resistir los ataques de todas las inclemencias de los tiempos (Mt. 7. 24), y le aseguró su presencia para siempre: "*Me quedaré con vosotros hasta el final de los tiempos*" ((Mt. 28, 20; Jn. 14. 27). Con su presencia está asegurada claramente la perpetuidad e indestructibilidad.
   "*El poder del mal no podrá nada contra ella."* (Mt. 16.19) Por el poder del mal se puede enten­der el odio de los enemi­gos o los mismos peligros internos de los adeptos. En todos los casos, la Iglesia sobrevivirá a los riesgos exteriores e interiores. Es la palabra de Jesús; y en ocasiones en sus parábolas, las de la mala hierba, por ejemplo, (Mt 13. 24-30 y 36-43) o la de la red de pescar (Mt. 13. 47-50), resalta la presencia del Reino de Dios sobre la tierra y su dura­ción definiti­va.
    Las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento presentan ante nuestros ojos la perspectiva de una eterna alianza de Dios con su pueblo (Is. 55. 3-61; Jer. 32. 40). Hablaron de un Reino eter­no e in­destructible (Is. 45. 7; Dan. 2. 44 y 7. 14). Se aludió a que el trono de David, símbolo de Israel, subsistiría para siempre, lo mismo que el sol y la luna (Sal. 88. 37).**

**5.2. Conciencia eclesial**

**La Iglesia entendió desde los primeros momentos que el Nuevo Pue­blo de Dios se hacía heredero de todas las promesas del Antiguo Israel. También se aplicó las consoladoras promesas de supervivencia, a pesar de las persecuciones.
   Un símbolo de la Iglesia se vio siempre en el trono de David, que se hace nuevo cuando Cristo viene a la tierra: "*Reinará en la casa de Jacob por siem­pre y su reino no tendrá fin*". (Lc. 1.32)
   La fuerza de sus promesas de permanencia culminó con la promesa y la llegada del Consolador, del Espíritu Santo (Jn. 14, 16). Ese Espíritu será el fundamento definitivo de la permanencia. Lo recordaba S. Ireneo: "*Gracias a la acción del Espíritu Santo, la Iglesia permanece.*" (Adv. haer. III. 24). Y S. Agustín escribía: "*La Iglesia vacilará cuando vacile su fundamento. Pero ¿cómo va a vacilar Cristo?... Mien­tras Cristo no vacile, tampoco vacilará la Iglesia en toda la eternidad.*" (Enarr. Salm. 103, 2, 5)**

**5.3. La razón.**

**La razón de la indefectibilidad no es otra que Cristo mismo que la instituyó. La comunidad de los seguidores de Jesús entró en sus planes salvadores definitivos. Mientras haya hombres que salvar, la Iglesia se mantendrá por voluntad de Cristo. Cristo y el Espíritu Santo son los avales y garantías  (1 Cor 3. 11)
   Santo Tomás recordaba cómo la Igle­sia en el pasado venció todos los obstáculos y ponía ese hecho como garantía de que en el porvenir seguirá venciéndolos, sean cuales sean sus promo­tores y su intensidad (Summa Th. III 106. 4), porque está edificada sobre la roca firme, que es Cristo.
   Determinados ad­versario la han considerado como una sociedad que puede desaparecer, con las mismas variables sociológicas de las demás sociedades de la tierra: empresas, reinos, imperios. Así lo pen­saban en los tiempos antiguos los montanistas. En la Edad media el franciscano espiritualista Joaquín de Fiore procla­maba la llegada de una nueva época del Espíritu Santo y la aparición de una Iglesia del Espíritu, ya que la Iglesia del Verbo, la de Cristo, se había mundanizado y tenía que desaparecer.
   Lutero y los reforma­dores no llegaron a tanto, pero rechazaron la Iglesia Histó­rica y real, la del papado, por sus vicios y errores (*De Captivitate Babiloniae* (De la maldad de Babilonia = Roma) fue el texto lutarano más agresivo, aunque el menos teológi­co del gran Reformador.**

**Apostolica**

**1. Conciencia de mensajera**

**Mensajera de Jesús, la Iglesia fue siempre cons­ciente de que su obra en el mundo era continuar la acción salvadora de su Fundador. Ella se definió en todas las ocasiones como la Madre y Maestra de los hom­bres. A todos ofreció el testimonio de su mensaje que era de Jesús.
   Hizo lo posible para que los hombres vivieran en conformidad con la Palabra traída por el Señor al mundo.
   Sus enseñanzas se convirtieron en vida para cuantos quisieron acogerlas con bondad de corazón.
   - Fue su mensaje un himno a la misericordia del Padre celestial, que no dejó abandonados a los hombres en su pecado. El mismo mensaje de Jesús fue el que la Iglesia llevó al mundo. El Padre Dios ha amado a los hombres desde siempre. Quiere que todos se salven. A todos ofrece su gracia y su perdón.
   - Fue un mensaje sobre la Palabra traída por el Hijo. Ella se identificó siempre con el Señor Jesús, sabiendo que era el Hijo de Dios encarnado, el que ofreció su vida en la cruz por todos los hombres, el que resucitó al tercer día para triunfar en la Gloria.
   - También fue un mensaje de la santidad ofrecida por el Espíritu Santo, el enviado del Padre y del Hijo, el don supremo que dio vida al mundo y se presentó como la cumbre del amor y de la gracia de Dios.
   -  En definitiva, la Iglesia fue siempre portadora de un mensaje de misericordia, de verdad y de plenitud divina. La Iglesia enseñó a los hombres a confiar en Dios y a esperar en la vida eterna. Trazó sus normas para ayudar a los hombres y clarificó sus enseñanzas para que todos entendieran mejor la cercanía de Dios.
   "Somos conscientes del respeto que merece el Señor. Y por eso nos esforzamos en convencer a los hombres. Nuestra vida no tiene secretos para Dios y por eso nosotros no tenemos secretos para los hombres... Es el amor de Cristo el que nos llena de fuerza; pues, si uno murió por todos, todos murieron con él... Y, si Cristo murió, fue para que todos  vivan, no para sí mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por todos". (2 Cor. 5. 11-15)
   Los reformadores enseñaron que Cristo había fundado una Iglesia invisible. La organización jurídica era pura institución humana. La Iglesia ortodoxa griega y la Iglesia anglicana reconocen la fundación divina de una Iglesia visible y jerárquica, pero niegan la institución divina del Primado. Según la moderna teología liberal, no fue intención de Jesús separar a sus discípulos de la Sinagoga y congregarlos en una comunidad fraterna independiente; ambas cosas tuvieron lugar por la fuerza de las circunstancias externas.
   Según el modernismo, Jesús concebía el "Reino de Dios", cuya proximidad anunciaba, de una manera puramente escatológica, en el sentido apocalíptico del judaísmo tardío.
   Decían que, “como Jesús juzgaba inminente el fin del mundo, estaba muy lejos de sus intenciones fundar la Iglesia como una sociedad que perdurase en la tierra durante siglos. La Iglesia se desarrolló por la conciencia colectiva de los prime­ros fieles, que les impulsaba a constituir una sociedad”. (Denz. 2052 y 2091).**

**5. Esencia de la misión**

**El mandato de Jesús a sus Discípulos fue claro, tajante, audaz y leal: "*Id por todo el mundo y anunciad el mensaje de la salvación. El que crea y sea bautizado, se salvará; y el que no crea se condenará*." (Mc. 16.14).  El mensaje de Jesús es "*evangelizad*"..."*anunciad a todos la buena nueva".. "id por todo el mundo*" a proclamar el Reino de Dios.
   Desde entonces los seguidores de Jesús van por el mun­do extendiendo un mensaje de amor, precisamente porque su Maestro les dio el mandato nuevo del amor. Dicen a todos que la fe abre las puertas del Reino de los Cielos. Y proclaman con alegría que es preciso apo­yar fe en la obras de la justicia
   El mensaje de Jesús no es sin más una verdad de la inteligencia. Ante todo es una actitud de vida que se debe asumir y comunicar. A veces podemos identificar el cristianismo con una doctrina sistemática que aprendemos, repetimos, aplicamos. Pero se trata más bien de la unión con una persona misteriosa que es la de  Jesús, la Segunda de la Santísima Trinidad. Entonces descubrimos lo que es el mensaje y lo que de vida implica para nosotros.
    La misión de la Iglesia en el mundo es la misma de Jesús en la tierra: anunciar a todos los hombres que el Reino de Dios está cerca.**

**3. Triple apostolicidad**

**Es claro que Cristo confió a los Apóstoles, y con ellos a la Iglesia, el triple ministerio de enseñar, regir y santificar. Y quiso que Pedro fuera la cabeza del grupo y el pastor y maestro de la comunidad. Pero en nada esa "jefatura" limitó la fuerza evangélica que se grabó en la conciencia de cada uno de los Apósto­les y en el grupo de forma compartida.
   La apostolicidad implica, por voluntad de Cristo, este triple oficio ministerial. Los Apóstoles quedaron revestidos de los poderes correspondientes y los trans­firieron a sus sucesores.
  Estos fueron designados unas veces de forma directa, como se ve en Pablo con Timoteo (Filip. 2.22 y  1 Tim. 1.3) y con Tito (2. Cor. 7. 6-7) y 8. 16-17). Y en la mayor parte de las ocasiones la elec­ción fue de la comunidad a la muerte de los Apóstoles que las habían fundado e impulsado.
   A lo largo de los siglos, los Apóstoles han estado presentes en sus sucesores, dominados por la misión que ellos reci­bieron: predicar la palabra, gobernar la comunidad sobre todo en orden a la caridad frater­na, presidir las acciones de gracias o Eucaristías y las plegarias santificado­ras.**

**3.1. Apostolicidad del Primado**

**Nunca se interrumpió realmente la sucesión del Primado, a pesar de los obstáculos históricos de antipapas o situaciones de sede vacante que altera­ron, no cortaron, la línea sucesoria, hasta que se restableció la autoridad legítima.  Así aconteció en el 304, al morir el Papa Marcelino y quedar Roma sin Pas­tor hasta la elección de Mar­celo I.
  Esta situación se repitió otras cinco veces en la Historia (628 a 640, 1241 a 1243, 1268 a 1271, 1292 a 1294 y 1314 a 1316). También se alteró con la eleva­ción a la Sede romana de los no elegi­dos, como sucedió con los anti­papas Benedicto V (964 a 966), Juan XVI (997 a 998) y Benedicto X (1058 a 1059).
   Y se agravó con los 40 años del llamado Cisma de Occidente (1378-1417), cuan­do Urbano VI (1378) elegido en Roma por parte de los cardenales lati­nos, tuvo como adver­sario en Avignon a Clemente VII, sucedi­do por Benedicto XIII. El Con­cilio de Pisa eligió a Alejan­dro V (1409), sucedido por Juan XXII (1410), llegando en ese momento a disputarse la autoridad pontificia tres Papas.
    El Conci­lio de Constanza (1415-1418) trató de zanjar el asunto con la elección de Martín V (1417) con quien terminó la disensión, sin persuadir a la renuncia al recalcitrante Benedicto XIII, que murió abandonado por sus partida­rios en Pe­ñíscola.
   La sucesión apostólica estuvo clara­mente asegurada en los momentos de crisis en la autoridad más directamente vinculada a la comunidad eclesial, aunque queden dudas en cuan­to a legitimi­dades o fidelidades oportu­nas.**

**3.2. Apostolicidad episcopal**

**El colegio o grupo episcopal ha sido "apostólico", a pesar de tener disidentes y miembros singulares que rompieron la comu­nión con los demás obispos.
   Pero la apostolicidad episcopal, al igual que la pontificia, siempre ha sido clara y compartida por el grupo here­dero del primer colegio apostó­lico en el ejerci­cio de su autoridad y en su triple función episcopal.
   Son frágiles los argumentos de quie­nes consideran que "el episcopado" como institución es invención eclesial del siglo II, predominando en el gobierno de los más ancianos o influyentes (Presbíteros) de la comunidad. Es insufi­ciente el argumento eti­mológico del término obis­po (epi-scopio, el que vigila o mira sobre los de­más), dado a veces para definir el ministe­rio de este dirigente de la comuni­dad y reducir su vinculación apostólica con la supuesta tarea de inspección.
   El hecho de que apostolicidad de los Obispos sea más grupal y compartida que individual y local, a diferencia del Primado romano, plantea menos obstáculos para su pleno y conveniente reconocimiento.
   Algunas sedes apostólicas, como la de Jerusalén, la de Antioquía, la de Efe­so, donde la tradición establece vínc­ulos concretos con algunos Apóstoles, no plantean ninguna cuestión de continuidad sucesoria, ya que la apostolicidad es una nota solidaria en la Iglesia y se halla claramente explicada por la tradi­ción y los escritores antiguos y moder­nos.**